



Desmenuzando unos textos empapados de vida

“DIOS de poder y misericordia, de quien procede el que tus fieles te sirvan digna y meritoriamente, concédenos avanzar sin obstáculos hacia los bienes que nos prometes”.

Es lo que la Iglesia pide en la oración colecta de este día y que nosotros hemos de hacer nuestra. *“Servir con dignidad...avanzar sin obstáculos hacia los bienes que nos prometes”*. Para avanzar sin obstáculos sirviendo con dignidad, hemos de guardar en el corazón, como a ello nos invita la lectura primera tomada del libro de Deuteronomio, el mandamiento que se nos regala a fin de que lo saboreemos en nuestro interior y vayan configurando nuestra vida.

El cuidado de la interioridad donde se ha de guardar la Palabra escuchada que es fuente de vida, es de vital importancia. Pero...¿qué es la vida interior? Hay que decir, en primer lugar, que es difícil de definir porque más que un concepto o una idea es una experiencia.

Es muy importante cultivar esta dimensión como principio rector de nuestra existencia. Sólo tomando conciencia del valor que tiene, podremos descubrir nuestra vocación y poner nuestras decisiones en el camino correcto, puesto que en el santuario de nuestro corazón se deposita esa Luz que nos muestra el camino que hemos de seguir cfr 143/142, 8.

Si no la cuidamos enfermará, es decir, dejará de ser la fuerza que guía la propia existencia, y otras

fuerzas ajenas a nosotros harán este quehacer, porque el mandamiento que en ella se depositó, como precioso tesoro, acabará secándose por los muchos obstáculos que en nuestra vida pueda encontrar.



La historia humana, a la luz de la revelación, viene a ser como una especie de relato sobre los tropiezos de los hombres:

- a) Adán y Eva: el tropiezo de la desconfianza.
 - b) Saúl: el de la codicia y el favoritismo.
 - c) David: el pecado de la lujuria.
 - d) Las vírgenes necias: su irresponsabilidad.
 - e) El criado perezoso: le perdió su gandulería.
- Y un largo etc.

Cuando nuestra vida interior se ve atrapada por intereses y preocupaciones egoístas, se hace imposible que se de un lugar para los demás; es decir: para Dios. Cuando no guardamos en el corazón y no meditamos sus mandatos, nos encontramos totalmente desprotegidos y el interior se llena...de otras cosas.

“Guarda el mandato de Dios y él te guardará a ti”

Hay que decir que para el hombre bíblico los mandamientos nunca son comprendidos en clave legalista, sino en el de la gratuidad. Así como el que se siente amado se goza en hacer la voluntad de quien le ama, del mismo modo el pueblo de Israel encuentra su dicha –así lo celebra el salmo 118 (119)- en hacer el querer de Dios con el que tiene una relación nupcial.

Sólo el que saborea en su vida el amor que Dios

derrama en su interior por medio del Espíritu Santo, que habita en nosotros desde el día de nuestro bautismo cfr Rm 5,5, puede aceptar el mandamiento de amar al prójimo. Un dicho rabínico lo expresa con claridad: *“La recompensa por el cumplimiento de un mandamiento es otro mandamiento”*.

El precepto divino no es solo *orden*, sino también *revelación de una posibilidad*. La ley de Moisés dice **debes**, pero también y principalmente indica **puedes**.

La obediencia al precepto se convierte en el medio por medio del cual se va moldeando la interioridad de la persona, haciéndola cada vez más parecida al misterio de la intimidad divina en la que se guarda el Verbo (la Palabra), por medio de la cual todas las cosas son creadas y todo en ella se mantiene cfr Col 1, 16-20. Todo se llena de vida.



La escucha y, por tanto, la obediencia a lo que Dios nos dice, coloca al hombre en la situación de relación y libertad que es esencial para el amor. De hecho, el verbo *shemà* no solo tiene el sentido de **oír**, sino también de **creer** y **acoger**. Y creer es siempre creer en el amor cf. 1 Jn 4,16; acoger el amor, confiar en el amor de Dios que nos hace capaces de amar.

Los rabinos judíos afirman que cada vez que se cumple un mandamiento divino, lo creado se llena de luz.

Nada ilumina tanto como el amor.



Un salmo para rumiar

Sal 17, 2.3a. 3bc.4. 47 y 51ab

Yo te amo, Señor, tú eres mi fortaleza;
Señor, mi roca, mi alcázar, mi libertador.
Dios mío, peña mía,
refugio mío, escudo mío,
mi fuerza salvadora, mi baluarte.
Invoco al Señor de mi alabanza
y quedo libre de mis enemigos.
Viva el Señor, bendita sea mi Roca,
sea ensalzado mi Dios y Salvador.
Tú diste gran victoria a tu rey,
tuviste misericordia de tu Ungido.

Es un salmo —el 17 (18)— para meditar y rumiar interiormente... no de forma sistemática como si de un estudio se tratase... sino de forma cordial, como si fuera un plato para degustar por la carga de tierna intimidad que le empapa. La respuesta del hombre a la presencia salvadora de Dios siempre es el cariño.

“Yo te amo...” Son palabras que hay que memorizar, repetir porque es la oración que hace quien confiadamente se considera su hijo. Amar a Dios no es una regla impuesta desde fuera, como una lección aprendido a fuerza de castigos. Más bien, es la conse-

cuencia lógica de la repetida experiencia de sentirse envuelto en el tierno abrazo de Dios.

A quien así nos ama lo llamamos “Padre”, pero al mirarlo más de cerca descubrimos que tiene muchas características de la delicadeza que son más propias de una madre. Que gozo descubrir que Dios es feliz cuando en nuestro afecto no excluimos a nadie, porque la invitación de “escucha” que se nos hace quedará incompleta, insuficiente, como una semilla que, por no sembrarla, se seca.



Es un grano que encierra una gran vitalidad, siempre que la sembremos con inteligencia y la cultivemos con constancia y paciencia. Es un amor que permanece fiel: feliz si lo reconocemos y le correspondemos. Un amor que es tanto más intenso si nos involucramos con “todo nuestro corazón, mente y fuerzas” y lo traducimos en energía para convertirnos en prójimos, de quienes nos encontramos cada día en el camino de la vida.

Santa Teresa del Niño Jesús afirmará: “Mi vida es un instante, una hora que pasa, un momento que se me escapa y se va. Tú sabes, Dios mío, que para amarte en la tierra, no tengo nada más que hoy. Sé mi dulce apoyo. Dame tu sonrisa, solo por un día, solo por hoy”.

En la fuente de agua viva

Catedral de Oviedo-Sancta Ovetensis

DOMINGO XXXI “PER ANNUM” “B”

Un texto para guardar en la memoria del corazón

Deuteronomio 6, 2-6

Moisés habló al pueblo, diciendo: «Teme al Señor, tu Dios, tú, tus hijos y tus nietos, observando todos sus mandatos y preceptos, que yo te mando, todos los días de tu vida, a fin de que se prolonguen tus días... Escucha, Israel: El Señor es nuestro Dios, el Señor es uno solo. Amarás, pues, al Señor, tu Dios, con todo tu corazón, con toda tu alma y con todas tus fuerzas. Estas palabras que yo te mando hoy estarán en tu corazón.



Marcos 12, 28b-34

En aquel tiempo, un escriba se acercó a Jesús y le preguntó: «¿Qué mandamiento es el primero de todos?». Respondió Jesús: «El primero es: “Escucha, Israel, el Señor, nuestro Dios, es el único Señor: amarás al Señor, tu Dios, con todo tu corazón, con toda tu alma, con toda tu mente, con todo tu ser”. El segundo es este: “Amarás a tu prójimo como a ti mismo”. No hay mandamiento mayor que estos»..... Jesús, viendo que había respondido sensatamente, le dijo: «No estás lejos del reino de Dios». Y nadie se atrevió a hacerle más preguntas.